

APUNTES PARA EL RECUERDO

Rodrigo Quijada

...Y los trabajadores seguían esperando las armas o las instrucciones.

El 4 de septiembre de 1973 alrededor de un millón de trabajadores se congregó frente a la casa presidencial para celebrar otro aniversario del gobierno de la Unidad Popular en Chile.

Entonces, esos manifestantes no coreaban ya las consignas de la misma manera que lo habían hecho los otros años. Ahora, en aquel ámbito de decisión y sombrías premoniciones, los trabajadores de la izquierda chilena pedían armas. Las pedían con serenidad, de frente a su líder, en un clamor creciente "El pueblo quiere armas, compañero presidente".

Dos meses antes, un grupo de soldados y oficiales había rodeado con tanques el Palacio de La Moneda en un ensayo de golpe de Estado. El hecho -luz ámbar para lo que después sobrevendría- sobrepasaba todos los análisis. Por esos mismos días, el gobierno, usando como intermediario al cardenal de la Iglesia Católica, Raúl Silva Henríquez, buscaba caminos de diálogo con la Democracia Cristiana, uno de los partidos burgueses mayoritarios y activo organizador de las maniobras golpistas.

Todo eso conformaba un marco de irrealidad política que no anunciaba otra cosa que un desenlace dramático.

Octubre de 1972

Desde el paro de octubre, en 1972, los sectores reformistas inscritos en la coalición gubernamental habían impuesto un criterio frenador del proceso, impidiendo el desarrollo de los organismos del Poder Popular y por ende, del experimento mismo.

De hecho, en ese período se irán dando a la burguesía cada vez mayores concesiones y se establecerán mecanismos que tienen como consecuencia limitar la movilización e iniciativas de la clase trabajadora. Al 4 de septiembre de 1973, rige en la izquierda una posición del Partido Comunista sintetizada en el lema: "Primero Consolidar, para después avanzar", opuesta a la tesis oficial del Partido Socialista de "Avanzar sin Transar". Síntesis esquemática que proyecta el grado de contradicción existente entre las fuerzas que dirigían la Unidad Popular y que se habrá de reflejar en la actitud de los manifestantes, de la concentración de ese día. En esa oportunidad, quedó a la vista que los trabajadores chilenos querían una solución que resolviera radicalmente la lucha de clases en progreso y que no era precisamente la del reformismo. De esta actitud daba ya un indicio, el documento aparecido en el diario de la izquierda revolucionaria "La Aurora de Chile", titulado "Carta a Nosotros Mismos" (noviembre de 1972), en que los trabajadores recordaban al Presidente su participación! en el paro de octubre y le reprochaban

los acuerdos que llevaron a un gabinete cívico-militar: "Que no se llame a engaño el compañero Presidente..., le decían"(Ver "Carta a nosotros mismos").

¡No a la guerra civil!

Dos días antes de; 4 de septiembre, un grupo de militantes de la izquierda, que representaba a los sectores moderados, desfiló por las calles de Santiago agitando las banderas de la conciliación.

Aquéllos eran días críticos.

No había abastecimiento de productos esenciales los camiones estaban en huelga; a diario, los estudiantes democristianos y las hordas del lumpen salían a las calles a pedir la renuncia o el suicidio de Allende, ante una fuerza policial pasiva; a diario, también, los militares realizaban cruentos allanamientos en las fábricas del área social, aprovechándose de una ley de control de armas paradójicamente puesta en vigencia en el periodo; en los periódicos de derecha, grandes desplegados destacaban los acuerdos de la Cámara de Diputados

que declaraban una presunta ilegitimidad del gobierno, llamando al golpe; gremios y confederaciones, reales y fantasmas, ponían inserciones en que, abiertamente, se pedía la intervención militar; desde los tribunales de justicia, jueces y ministros fomentaban las acciones antigubernistas con sentencias al margen de los códigos; muchos de los funcionarios de la Unidad Popular se mostraban atemorizados, cansados.

En las propias direcciones políticas de la coalición del gobierno, se vivía el desconcierto. No obstante ser representación de organizaciones que habían estado al frente del movimiento popular por más de medio siglo, puestos en la coyuntura decisiva ignoraban la respuesta. Tal vez por eso pensaban en la viabilidad de una conciliación con la burguesía, de un pacto de última hora. Y tal vez por eso, igualmente, gritaban por las calles: "¡Soldado, amigo, el pueblo está contigo!" y "¡No, a la guerra civil!", en una ingenuidad o falsa apreciación que no encubría la entrega que con ello se estaba haciendo de; proceso a las acciones de la derecha y los golpistas.

La conciliación imposible

Porque ya, entonces, no había conciliación posible. Como lo ha señalado Ricardo Fenner, el politólogo chileno: "...el economismo de la Unidad Popular, con su secuela de reformismo legalista, influyó para que se acentuaran divisiones estructurales en el seno del pueblo, impidiendo la unificación de estos sectores bajo una dirección política de vanguardia que los condujera a la revolución. ¿Que esta política conducía a Chile a la guerra civil? Es cierto. ¡Pero si era precisamente ese el único camino favorable para el proletariado en la crisis política! ¿Y no es acaso la guerra civil armada, la única forma hasta ahora conocida de conquistar el Poder Político por el proletariado? ¿De qué otra forma se podía entender que el gobierno de Unidad Popular debería echar las bases para 'iniciar la construcción del socialismo' como se especificaba en su programa? Evidentemente esa iniciación de la construcción del socialismo, no podía desembocar sino en una guerra civil de clases, mediante la cual el proletariado debía conquistar el Poder Político. El olvido por parte de los sectores hegemónicos en el gobierno de que el poder no se

conquista sino con las armas, fue determinante para la derrota que la clase obrera sufrió en Chile."

He ahí un olvido que costó muy caro.

¡Hasta nueva orden!

A las ocho de la mañana del 11 de septiembre, los miles de trabajadores organizados en los Cordones Industriales de Santiago, estaban en las fábricas.

Desde hacia varios días se encontraban en estado de alerta. De un momento a otro, se esperaban acontecimientos decisivos. De ahí que, cada noche, en todas las fábricas, numerosos trabajadores hacían fatigosas guardias esperando los acuerdos de sus organizaciones políticas y dispuestos a enfrentar con el mismo espíritu combatiente del paro de octubre los muy anunciados alzamientos militares.

Esa mañana, cuando se conocieron las primeras noticias del golpe, ninguno de esos trabajadores dudó de su responsabilidad; ninguno, tampoco, comprendió entonces la magnitud de su inermidad, a pesar de las reticencias que se observaban en las direcciones de sus partidos. En verdad, ellos confiaban en esas direcciones, confiaban en sus líderes y, sobre todo, creían en sus posibilidades.

Ahora, con los oídos pegados a las radios, escuchaban el mensaje de la Central Unica de Trabajadores -la CUT- que reiteraba: "Todos los trabajadores deben mantenerse en sus lugares de trabajo".

Y se quedaron.

Entre tanto, los militares se apoderaban cuidadosamente de la ciudad y de los sitios estratégicos, manzana a manzana, en una operación de la que luego se ufanaría Pinochet ante la prensa extranjera.

Y los trabajadores seguían esperando las armas o las instrucciones.

Toque de queda

A las tres de la tarde, la Junta Militar anunciaba el éxito del bombardeo de la casa presidencial, la muerte de Atiende y decretaba toque de queda en toda la ciudad, ¡Hasta nueva orden!

Poco tiempo después, desde una amplia red de televisión y radio, se entregaba un comunicado que enumeraba las nuevas condiciones y la lista de los primeros perseguidos, entre ellos los extranjeros.

Y los trabajadores permanecían en sus lugares de trabajo aguardando la palabra, el mensaje definitivo. Ese 11 de septiembre, algunas fábricas fueron bombardeadas y muchos obreros asesinados.

A las seis de la tarde -prórroga final del plazo del toque de queda- la ciudad era un desierto. Sopaba un viento frío y el cielo estaba muy gris.

A la distancia, desde diversos puntos de la ciudad, se oía el retumbar de los morteros y el tableteo de las ametralladoras.

De cuando en cuando, camiones militares irrumpían por las avenidas cargados de tropas. Soldados drogados con "la sustancia del heroísmo" -la fórmula del Vietnam-, y vestidos con suéteres de cuello alto, naranjos o negros, se dispersaban entonces, agazapados, en comandos. hacia los suburbios.

Al anochecer, la Junta habló.

Leigh, el mismo que hoy menciona la democracia como principio, definió las reglas de; proyecto: "Extirpar a fondo el cáncer marxista",'. Corno dijera el obsecuente locutor Guillermo Parada, con una media sonrisa: "Jakarta ha comenzado".

Meses después, un trabajador de Salfa, empresa automotriz del área social, recordaría la visita que esa misma mañana del 11 de septiembre de 1973 les hiciera el secretario general de la CUT.

Eran las 8:15. El secretario venía en un automóvil negro con cuatro compañeros. Necesitaba abastecerse de gasolina. Antes de irse había dicho: "Confien en nosotros, compañeros ... Tendrán armas... Esperen por ellas ..."

Y los trabajadores esperaron.

Esa noche comenzó el exterminio sistemático. Todavía, a esas horas, muy pocos habían comprendido las últimas palabras del Presidente asesinado: "Vendrán otros hombres"

Después, con la larga represión, habrían de entenderlo."



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

